

POESIAS LIRICAS

POESIAS LIRICAS



EL PORVENIR

Tú me amas, y yo te adoro;
Pero ha de llegar el día
En que tú ó yo para siempre
Debemos dejar la vida:
Los espíritus cobardes,
Las almas bajas y tibias,
Desechan esta memoria,
Y al pensarlo se horrorizan:
Creen que acaba en el sepulcro
El amor y sus delicias
¡Insensatos! ¡no conocen
Su esencia pura y divina!
El alma jamás perece,
Pues del cuerpo desprendida
Pasa á una región suprema
De venturas y de dichas:
Y este dulce sentimiento

Del amor, esta semilla
 Que en nuestras almas sembrara
 Del Gran Ser la mano misma,
 Lá debe seguir, no hay duda:
 El alma en amor respira,
 Es su esencia, es su alimento,
 Y sin él no existiría.
 No temas, Amira hermosa,
 De horrible muerte las iras;
 Las almas que el cielo junta
 ¿Quién pudiera desunirlas?
 No, nuestro amor será eterno:
 A otra más brillante vida,
 Renacerán á adorarse
 Tus cenizas y las mías.

1,825.

A AMIRA

Eres, Amira bella,
 Más pura que las flores:
 Tus risas son amores,
 Y amor es tu mirar;
 ¡Feliz cuando á tu lado
 Suspiro, y tú suspiras!
 ¡Oh Amira celestial!

Cuando tu mano hermosa
 Toca la ardiente mía:.....
 ¡Cómo, cómo podría
 Pintar mi sensación!
 Hierve mi sangre toda
 Con un ardor divino;
 No cambio mi destino
 Por cuanto alumbra el sol!

En todas partes miro
 Tu imagen adorada:
 Do quiera retratada
 Te encuentra mi pasión:
 Me sigues á las cortes
 Y al árido desierto:
 Te veo si estoy despierto,
 Si sueño es con tu amor.

En la floresta hermosa

Y en la tranquila fuente;
 En la aurora luciente,
 Allí estás siempre tú;
 Y si en la quieta noche
 Contemplo las estrellas,
 Miro en sus luces bellas
 De tus ojos la luz.

Imagen seductora
 Del cielo soberano,
 ¿Podrá ningún humano
 Tus gracias merecer?
 ¡Oh! deja el mundo, Amira,
 Y elevando tu vuelo
 Sube al sereno cielo,
 Que tu morada es;

Mas Dios te manda al Mundo
 Como genio divino,
 Que vienes el destino
 Del hombre á consolar.
 Tus ojos ¡cuál encanto
 Tienen, oh dulce Amira!
 Que el que una vez te mira
 No sabe más qué amar.

1,828.

A UNA ROSA MARCHITA.

¿Eres tú, triste rosa,
 La que aver difundía
 Balsámica ambrosía,
 Y tu altiva cabeza levantando.
 Eras la reina de la selva umbría?
 ¿Por qué tan pronto, dime,
 Hoy triste y desolada
 Te encuentras de tus galas despojada?

Ayer viento suave
 Te halagó cariñoso,
 Ayer alegre el ave
 Su cántico armonioso
 Ejercitaba, sobre tí posando;
 Tú, rosa, le inspirabas,
 Y á cantar sus amores le excitabas.

Tal vez el fatigado peregrino
 Al pasar junto á tí quiso cortarte:
 Tal vez quiso llevarte
 Algún amante á su ardoroso seno;
 Pero al ver tu hermosura,
 La compasión sintieron,
 Y su atrevida mano detuvieron.

Hoy nadie te respeta;
 El furioso aquilón te ha deshojado;

Ya nada te ha quedado,
¡O reina de las flores!
De tu pasado brillo y tus colores.

La fiel imagen eres
De mi triste fortuna:
¡Ay! todos mis placeres,
Todas mis esperanzas, una á una
Arrancándome ha ido
Un destino funesto, cual tus hojas
Arrancó el huracán enbravecido!

¿Y qué, ya triste y sola
No habrá quien te dirija una mirada?
¿Estarás condenada
A eterna soledad y amargo lloro?
No; que existe un mortal sobre la tierra,
Un joven infeliz, desesperado,
A quien horrible suerte ha condenado
A perpetuo gemir: ven, pues, ¡oh rosa!
Ven á mi amante seno, en él reposa,
Y ojalá de mis besos la pureza
Resucitar pudiera tu belleza.

Ven, ven ¡oh triste rosa!
Si es mi suerte á la tuya semejante,
Y tu última fragancia será mía.
Bulemos su porfía;
Ven, todas mis caricias serán tuyas,

1,828.

LA FELICIDAD.

¿En dónde está la verdadera calma,
Decidme, amigos, que jamás la vi?
Tras ella corre sin cesar el alma,
Y ella ¡oh dolor! huyendo va de mí.

Busco en vano en los salones
Del alcázar poderoso
El dulcísimo reposo
Que llaman felicidad;
Una ilusión agradable
A mis ojos se presenta,
Quiero abrazarla, se ahuyenta,
Y aparece la verdad.

Oigo las alabanzas que al guerrero
Prodiga aduladora poesía:
"Al fin, exclamo, un corazón de acero
A la felicidad será mi guía."

Ya escucho el marcial estruendo;
Dejo la lira sonora,
Y la espada brilladora
Quiero valiente empuñar:
Ya soy feliz; mas ¡oh cielos,
Qué reflexión tan terrible!
¿Puede un corazón sensible,
Ser feliz viendo llorar?

Calderón.-2

¿Cómo podéis en medio de la guerra
Tranquilos respirar? ¡oh cielo santo!
¿Puede agradaos devastar la tierra,
Y esparcir por do quiera luto y llanto?

En torno de vuestro carro
Sólo se escuchan gemidos
De infelices sumergidos
En dolorosa orfandad.

Yo no miro en ese cuadro
Sino un placer horroroso:
No el dulcísimo reposo
Que llaman felicidad.

No hay dicha, en fin, exclaman triste-
(mente,
El sabio, el rey, el hábil cortesano;
¡Necios! venid, y la veréis patente
Sobre la alegre faz del aldeano;

Vuestros deslumbrados ojos
Buscan poder y riqueza,
Y en medio de la grandeza
Queréis la dicha encontrar.

Dejad vuestro error funesto;
Bajad á ese valle umbroso;
Veréis un hombre dichoso
Junto del humilde hogar.

De su amada familia acariciado
Pasa él allí su vida deliciosa;
Su placer es amar y ser amado,
Su riqueza, sus hijos y su esposa.

En su habitación sencilla
No brilla el mármol ni el oro;
Mas ¿qué importa? otro tesoro
Tiene allí su corazón.

El cariño de su esposa,
De sus hijos la terneza:
He aquí toda su riqueza,
He aquí toda su ambición.

No eres un nombre vano, una quimera;
Te hallaré al fin, felicidad amada:
La mano de una tierna compañera
Me ofrecerá tu copa embalsamada.

¡Felicidad, felicidad querida,
Te encuentra al fin mi corazón ardiente!
¡Ven y consueta mi alma adolorida!
¡Ven, y refresca mi abrasada frente!

LA VUELTA DEL DESTERRADO.

Triste, afligido, lloroso,
Volvió á su patria un anciano,
A quien el odio tirano
De sus hogares lanzó:

Párase: tiende la vista
Sobre su paterno suelo,
Alza los ojos al cielo,
Y así el misero exclamó:

“Al fin, ¡oh patria querida!
Al fin mi cansada planta
Vuelve á pisar tu recinto
Después de tantas desgracias:
Políticas disensiones,
Persecuciones tiranas,
El furor de los partidos
De tu seno me arrancaran:
Yo me acuerdo, sí, me acuerdo,
¡No puede olvidarlo el alma!
De aquel tristísimo día
En que salí de tus playas:
Yo pisé el bajel funesto
Que de tí me separaba,
Como pisa un triste reo
De su cadalso las gradas:
Yo he vagado cuatro lustros
Por las regiones extrañas,
Sin apoyo, sin asilo,

Sin consuelo ni esperanza:
El miserable alimento
Con mis lágrimas regaba,
Sin tener un solo amigo
Que mis penas consolara;
Mis hijos, mis tiernos hijos,
Mi esposa desconsolada,
Mis amigos, todos, todos,
Se presentaban á mi alma:
Eterno Dios ¡cuántas veces
Te dirigí mis plegarias
Pidiéndote que la muerte
Mis desgracias terminara!

Vuelvo, en fin; pero ¡qué miro!
Ni aun existe mi cabaña,
Su lugar quedó desierto:
Por el furor de las armas.
¡Hijos... esposa... no existen!
Nadie escucha mis plegarias:
¡Han muerto, descansan todos
En su tumba solitaria!
¡Hijos... esposa... no existen!
Ni padre, ni esposo... ¡nadada,
Nada, soy sino un mendigo
Un extranjero en mi patria.

Sólo queda en este sitio
El árbol que con sus ramas
Cubrió á mi cara familia,
Que á su sombra reposaba:
¡Infeliz! ¡cuántos recuerdos!
Mi esposa allí se sentaba,
Aquí mis pequeños hijos

En mis rodillas jugaban,
Y ahora... ¡ahora nada tengo
Sino lágrimas amargas!

Arbol, tú sólo me quedas;
Mas ni á tí se respetaron,
Pues en tu tronco estoy viendo
Las señales de las lanzas.
¿Y esta mancha? ¡Dios piadoso!
¿Será tal vez esta mancha
Sangre de mis tristes hijos?
¿Su sangre aquí derramada?
¡Oh Dios! esta sangre pura
Sobre las cabezas caiga
De los viles ambiciosos
Que despedazan mi patria."

No pudo más el anciano,
Abrazó el árbol querido,
Lanzó un lúgubre gemido,
Y junto al tronco expiró...

Después, algún aldeano
Le dió humilde sepultura,
Y dos leños en figura
De cruz, allí colocó.

1,836.

LA RISA DE LA BELDAD.

Bella es la flor que en las auras
Con blando vaivén se mece:
Bello el iris que aparece
Después de la tempestad:

Bella en noche borrascosa
Una solitaria estrella;
Pero más que todo es bella
"La risa de la beldad."

Despreciando los peligros
El entusiasta guerrero,
Trueca por el duro acero
La dulce tranquilidad:

¿Quién su corazón enciende
Cuando á la lucha se lanza?
¿Quién anima su esperanza?...
"La risa de la beldad."

El conquistador altivo
Precedido de la guerra,
Cubre de sangre la tierra,
De miseria y orfandad:
¿Y quién el curso detiene
De su cólera siniestra?
¿Y quién desarma la diestra?
"La risa de la beldad."

¿Quién del prisionero triste
Endulza el feroz tormento?
¿Por quién olvida un momento
Su perdida libertad?

¿Y quién, en fin, del poeta
Hace resonar la lira?

¿Quién sus acentos inspira?
"La risa de la beldad."

Una suerte inexorable,
Llena de luto mi vida,
Y mi alma gime oprimida
Por la dura adversidad,

Pero yo olvido estas horas
De tanta amargura llenas,
Cuando suaviza mis penas
"La risa de la beldad."

1837.

A MI AMADA LLORANDO.

No llores, amada mía,
Que con tu llanto de fuego
Arrebatas el sosiego
De mi amante corazón;
No naciste para el llanto,
Que el placer es tu destino:
Sobre tu rostro divino
No reine, hermosa, el dolor.

Llore el triste que te adora,
Y que en su dolor no alcanza
Ni consuelo ni esperanza,
A su ardiente y fino amor.
Llore el misero que lucha
Con una pasión insana;
Llore al que esperanza vana
Engañó su corazón.

Pero tú, mujer divina,
No naciste para el duelo;
Pertenece toda al cielo,
Y en el cielo no hay dolor.

En tu boca purpurina
Tenga la risa su asiento:
En tus ojos el contento:
La paz en tu corazón.

No: el llanto, no, de tus ojos
 Eclipse la luz fulgente;
 Levanta al cielo tu frente,
 Angel de dicha y amor,
 Y pasa alegre tu vida
 Circundada de ventura,
 En tanto que de amargura
 El cáliz apuro yo.

1,840.



LA DESPEDIDA.

Llegó el fatal instante,
 Amira jdo!atrada:
 Tu imagen retratada
 Irá en mi corazón:
 Ella será el recuerdo
 De mi pasada gloria:
 Amira, esta memoria
 Que calme mi dolor

Cuando el doliente llanto
 Publíque mi desvelo,
 Ella será el consuelo
 De mi amargo penar:
 ¡Oh, cuántas veces, cuántas,
 Engañaré la ausencia!
 Creeré de tu presencia
 El gozo disfrutar.

¡Mentidas ilusiones!
 De magia lisonjera,
 ¿Por qué de esta manera
 Me hacéis soñar placer?
 ¡Oh! si acaso durara
 Este engañoso fuego....
 Pero huye, y queda luego
 Tan sólo el padecer.

Veránme á mí en tu ausencia
En lágrimas desecho,
Y en tanto de tu pecho
Otro el amor tendrá...

Mas ¿yo creerte inconstante?
Perdona, Amira hermosa;
Puro como la rosa
Tu corazón será.

Pero llegó el momento,
Se acerca la partida...
¡Adiós, mi bien, mi vida!
¡Mi adoración, adiós!
No temas que te olvide,
Jamás, Amira amada;
Tu imagen retratada
"Irá en mi corazón."

LOS RECUERDOS
A UN AMIGO EN MI AUSENCIA.

Amigo, dime si me ama
Aquella por quien respiró;
Si ha exhalado algún suspiro
Después que me separé:
Dime si acaso inhumana
De mí se olvida engañosa;
Dime si la ves llorosa,
O si ha burlado mi fe.

Dimelo; la incertidumbre
Es más triste que el mal mismo:
Saca á mi alma de este abismo
En que sumergida está:
Pero... si fuere inconstante...
Nada digas en mi daño;
Más vale creer el engaño,
Que el desengaño llorar.

LOS RECUERDOS.

Estos... ¡fatal memoria!
Estos los sitios son donde algún día
De placeres purísimos colmada,
Gozó felicidad el alma mía.

Aquí está todavía
La señal de la huella idolatrada
De mi bien más querido....
¡Triste recuerdo del placer perdido!

Sitios que en otro tiempo
Mirásteis mi ventura,
Ved ahora mi amargura,
Mi bárbaro dolor.
¿En dónde está mi amada,
Dime, bosque sagrado,
Acaso se ha ausentado,
Acaso me olvidó?

Sí, me olvidó la ingrata,
Me olvidó la perjura;
Yo la juzgué.... ¡locura!
Yo la juzgaba fiel;
¡Ay! ¿quién pensar pudiera
Que aquel ángel mentía?
"Yo te amo, me decía,
Jamás te olvidaré."

¡Qué pronto, ¡desdichado!
Faltó á su juramento!
Tan pronto como el viento

Sus palabras llevó;
¿Y qué me queda, ¡cielos!
En este bosque ahora?
Recuerdo que devora
Mi mustio corazón.

Arbol, en otro tiempo
Bajo tu fresca sombra me sentaba
En el calor del día,
Y amorosas canciones entonaba,
Que inspirarme solía
Ía que un amor eterno me juraba:
¿En dónde está este amor? huyó ligero,
¡Huyó, tú existes, y á tu sombra muero!

Arbol, si por acaso
Volviese mi adorada,
De mi rival burlada,
Para llorar su error,
Dile que aun en mi muerte,
Su nombre he repetido;
¡Ay! dile que el olvido
Jamás de mí triunfó.

Arbol, tú puedes verla;
Pero yo, desdichado,
Bajo al sepulcro helado
En mi florida edad;
Y ni el triste consuelo
Le queda al alma mía,
De que á mi tumba fría
Venga nadie á llorar!!!

LA SOLEDAD

Traducción de la Meditación 1.^a de M. Lamartine.

¡Oh cuántas veces sobre la montaña,
Bajo la vieja encina yo me siento!
Cuando se pone el sol, mi vista errante
Por la inmensa llanura dirigiendo,

Cuyo variado y esplendente cuadro,
Desenvolverse ante mis plantas veo:
Ruge aquí el río en espumosas ondas,
Serpenteando se oculta allá á lo lejos:

Más allá se descubre el lago inmóvil,
Sus dormitantes aguas extendiendo,
Donde se alza la estrella vespertina,
Sobre el azul hermoso de los cielos.

En la cima elevada de los montes,
Coronados de bosques verdinegros,
El incierto crepúsculo su rayo
Postrero arroja, en tanto que en silencio

De la callada reina de las sombras,
El carro vaporoso va subiendo,
Del horizonte al borde blanqueando
Con el pálido albor de sus reflejos.

De la gótica torre se alza entonces
Sonido religioso, y el viajero

Se detiene: de rústica campana
Se oye sonar el compasado acento,

Que á los rumores últimos del día,
Se une formando místicos conciertos.
Pero, ¡ay de mí! que á tan hermosos ena-
Es mi alma indiferente; al recorrerlo,

No experimento encantos ni transportes:
Y como una alma errante me contemplo.
En esta tierra: el sol ¡ay! de los vivos,
No puede, no, recalentar los muertos!

De colina en colina: de la aurora
Hasta do el sol oculta sus reflejos:
Del Sud al Aquilón: por todas partes,
Del espacio los puntos recorriendo,

Llevo en vano mi vista, y triste exclamo
¡No hay dicha para mí en el universo!
¡Qué me importan las chozas, los palacios,
Estos valles, en fin? ¡vanos objetos!

Su encanto para mí se ha disipado:
¡Oh bosques, rocas, ríos turbulentos,
Soledades queridas, un ser sólo
Os falta, y todo para mí está yermo!

Que comience ó que acabe el sol su
Con ojo indiferente lo contemplo:

Que las nubes ofusquen su faz pura,
 O brille de zafir en claro cielo;

¡Oh! ¿qué me importa el sol? ¿Alguna
 (cosa
 Ya de los días por acaso espero?
 Si en su vuelo pudiera yo seguirle,
 Vacío nada más, tristes desiertos

Vieran mis ojos ¡ay! en todas partes.
 ¡De cuanto alumbra el sol nada deseo;
 Nada le pido al mundo ni á los hombres;
 Nada le pido, nada, al universo!

Del mundo más allá, donde fulgura
 El verdadero Sol, en otros cielos,
 A la tierra dejando mis despojos,
 El objeto encontrara de mis sueños.

Yo me embriagara allí en la fuente pura
 A que aspiro, encontrando al mismo tiem-
 (po
 La esperanza, el amor, aquel bien dulce,
 Aquel bien ideal, que es siempre objeto

Del ardiente deseo de las almas,
 Y que no tiene nombre en este suelo.
 ¡Que no pueda, llevado sobre el carro
 De la aurora, lanzarme en un momento

Hasta tí, vago objeto de mis votos!
 Sobre este triste mundo de destierro,

¿Por qué vivo yo aún? entre él, sin duda,
 Y entre mí, nada de común encuentro.

Cuando la hoja de los bosques cae
 Por la pradera, se levanta el viento
 De la noche arrancándola á los valles:
 Y yo, ¡triste de mí! yo me contemplo
 Semejante á esta hoja ya marchita:
 Arrástrame también, aquilón fiero!

1,840.



INVOCACION.

(Traducción del Sr. Alfonso Lamartine.)

Tú que te me apareciste
 De ese valle en el desierto,
 Pasajera en estos siltios,
 Habitante de los cielos:
 O tú, que brillar hiciste,
 De obscura noche en el seno,
 Ante mis ojos un rayo
 De un amor puro y sereno:
 Dígnate á mi humana vista
 Mostrarte por fin sin velo.
 Dime tu nombre, tu patria,
 Tu destino: di ¿si es cierto
 Que fué la tierra tu cuna,
 O eres soplo del Eterno?
 ¿Volverás á ser mañana
 El fulgor puro del cielo;
 O en este lugar de luto,
 De miseria y de destierro,
 Debes seguir todavía
 Tu fatigoso sendero?
 Cualqu'er que sea tu nombre,
 Tu patria y destino, ¡oh genio
 De las mansiones divinas!
 ¡Oh hija de la tierra! al menos,
 Déjame toda mi vida

Ofrecerte amor é incienso.
 Si tú debes, cual nosotros,
 Acabar tu curso presto,
 Sé mi apoyo, sé mi guía;
 Permite que en todos tiempos,
 En todas partes, el polvo
 Do tus pies estén impresos,
 Bese ardiente el labio mío;
 Pero si elevas tu vuelo,
 Sé lejos de nuestros ojos,
 Dentro de muy poco tiempo,
 De los ángeles hermana,
 Volver debes á su seno,
 ¡Ay, después de haberte ama lo
 Algunos días al menos
 En este mundo, de mí
 Acuérdate allá en el cielo!

EL VETERANO.

Cubierto de mil heridas
 Un valiente veterano,
 Vuelve de la guerra ufano
 A los brazos de su amor:
 Con el polvo de las lides,
 ¡Qué hermoso está su semblante!
 En su frente radiante
 ¡Cuál brilla bélico ardor!

A la puerta de su choza
 Sale á encontrarlo su amada,
 Rubicosa, alborozada,
 Palpitando de placer;
 Y él estrechando en sus brazos
 A su adorada María,
 Siente en manto de alegría
 Sus ojos humedecer.

Ven, le dice, ven, hermosa,
 Toca mi frente ardorosa,
 ¡Oh mi amor!
 Mírala, está escrita en ella
 Una página muy bella
 De sufrimiento y valor.

En la tremenda batalla,
 El primero á la muralla

Yo subí,
 Y esta mano que te estrecha,
 Supo abrir horrible brecha,
 Pensando, mi bien, en tí.

Cuando á la lid me arrojaba,
 ¡Oh, con qué fuerza tronaba
 El cañón!
 Mas mi patria y mi querida,
 En la lucha enardecida
 Llenaban mi corazón.

Y á cada tiro escuchaba
 Una voz que me gritaba,
 "Vida mía:

Corre, y con ánimo fuerte
 Lucha con la horrenda muerte
 Por merecer á María."

Y lleno de ardor sagrado,
 A las filas denodado

Me arrojé;
 Mi pecho hirió hierro insano;
 Pero el pabelón hispano
 Sirvió de alfombra á mi pie.

Ese estandarte orgulloso,
 Alá en el "Pántuco" undoso

Muestra sea
 De nuestro valor, en tanto
 Que nuestro estandarte santo
 Sobre sus restos ondea.

Yo era pobre; no tenía
 Que ofrecerte ¡oh mi María!
 Por tu amor;
 Ya soy rico; en sangre tinto
 Lleva mi pecho un cinta,
 Premio de noble valor.

Y con ella engalanado,
 Puedo marchar á tu lado;
 Y decir:
 "Es ya mía esta belleza.
 Porque expuse mi cabeza
 Por merecerla ó morir."

Esta cinta es un tesoro,
 Que en más que la plata y oro
 Precio yo:
 Y mi noble descendencia
 Dirá: ¡Ved la rica herencia
 Que mi padre nos dejó!

Así el noble veterano
 Lleno de gloria decía,
 Y orgullosa su María
 Gozaba el triunfo con él;
 Y ni por el regio trono,
 Ni la púrpura brillante,
 Aquel venturoso instante,
 Trocara su pecho fiel.

1840.
 Que nuestro valor en tanto
 Solace sus reveses ondulante

BRINDANDO A LAS MEXICANAS
 EL 16 DE SEPTIEMBRE
 DE 1837.

¿Con que también en vuestro cuello herido

Cargaba el yugo de opresión impía,
 Hermosas mexicanas? ¿Con que pudo
 El tirano cubrir de negro velo
 Esas frentes divinas
 En que se mira retratado el cielo?

Tal era vuestra suerte:
 La rodilla doblar ante el tirano,
 Que incensaros cual diosas debería,
 Y con el labio en que el amor reía,
 Besar humildes la sangrienta mano.
 Siglos de execración; siglos de oprobio
 Que pasaron por fin; ya más sereno
 Brilla la libertad el claro día;
 Tornóse el Moro en cantos de alegría,
 Y late el corazón de gloria lleno.